

Feliz año

El saludo de estos días no nos compromete sino con dos palabras. Feliz Año. Las soltamos sin detenemos en el camino. Las repetimos aquí y allá. Pues bien. Este saludo inexcusable en estos días encierra, sin duda, dos sentidos muy interesantes. El uno consiste en que, al soltar el Feliz Año, expresamos optimismo. El otro, en que, al mismo tiempo que expresamos optimismo, expresamos también cierta tristeza: el año pasado no resultó tan positivo. Un nudo de alegría y tristeza llena el saludo de estos días.

¿Cuál es la causa de la tristeza citada? Es clara. Ya no somos, por más que lo intentáramos, del pasado. Este ya no nos pertenece. Se nos quedó atrás en el camino. Es toda una pérdida. El pasado se nos ha vuelto recuerdo. Y, como recuerdo, el pasado se nos presenta siempre como nostalgia. El arte se ha encargado de demostrárnoslo en cada una de sus especialidades. ¿Ejemplo?

La Independencia fue toda una guerra. Nos dejó deshecha la patria en todos sus lados. ¿Cómo poner en pie de belleza semejante catástrofe? Eso lo realizó el poeta: Eduardo Blanco. Paseando por Carabobo lo asaltó la inspiración. Y a los pocos días nos puso entre las manos una joya "Venezuela Heroica". Una colección de poemas épicos de originalidad suprema. Una especie de Himno Nacional a la más exquisita nostalgia. En el saludo de Año Nuevo confesamos que no somos pasado y todavía no somos porvenir. Este porvenir, que por algo se llama así, es toda una promesa.

Mal podía ser de otro modo. El porvenir nos ofrece la alegría de toda ilusión. Nos damos a ésta sin condiciones. La esperamos minuto sobre minuto. Y, ya que decimos que la esperamos, pues no otra cosa es el porvenir: esperanza completa. Aunque, como dice el dicho, esté por verse. ¿Ejemplo? Andrés Bello, como dijo Caro, nació en Venezuela, enseñó en Chile y le aprendieron en Colombia. Poeta como fue. Bello nos legó una obra maestra. El poema "A la Agricultura de la Zona Tórrida". Una obra que elabora tres temas conexos: la presentación de la tierra americana; la invitación a que todos los nativos la ocupen por medio del trabajo; y la lección de que tamaña actitud producirá tanta libertad como gloria. Se trata de una especie de proclama para toda América. La esperanza de que hombre y tierra realizarán el matrimonio perfecto. Nada más. Pero nada menos.

No somos, así, del pasado. Tampoco somos del porvenir. Las dos obras citadas son irrefutables. Todo porque de lo que sí somos a tiempo completo es del presente. Más todavía que del presente, somos, pura y legítimamente, presente. Y este presente que es nuestra existencia de hoy, sólo de hoy, no tiene por qué producirnos nostalgia respecto del pasado, propiamente; ni tiene por qué producirnos esperanza, propiamente tal, respecto del porvenir. Puesto que no somos pasado tampoco somos porvenir. Sólo que ambas posiciones tienen, como tenía que ser, recompensa extraordinaria. La de que, por ser exclusivamente presente, somos plenitud. Con todo cuanto la palabra encierra de realización personal cabal.

“Baladas del Preso Insomne”, uno de nuestros máximos poemas de todos los tiempos. El autor, Leoncio Martínez, lo concibió y lo desarrolló en la ya legendaria Rotunda, donde padeció años y años. Es un romance desarrollado en seis estancias. Al través de éstas, con mano magistral de artista, no canta y exalta e inmortaliza sino la dolorosa experiencia que vive desde que el día aparece hasta que para en crepúsculo y desde que comienza la noche hasta que para en alba, sin el más breve paréntesis de alivio Nadie ha cantado su actualidad, en este caso trágico, como la can lo nuestro poeta. En este romance está, tan palpitante como dramático, el presente. Sin la menor nostalgia y sin la menor esperanza. Porque los tres tiempos son en verdad, uno solo, que es el presente en toda su plenitud.